

Habla Tu Espejo (2014)

Eran bien pasadas las once. Tal vez las doce, pero fue hace tanto que no lo recuerdo. Hablábamos muy bajo para no despertar a la familia de Camila. Fue en el momento más vulnerable de la noche cuando la vi por primera vez en el espejo. Un espejo grande detrás de la mesa del comedor, aguardado por la penumbra de nuestra conversación. Fue breve, tan breve, que hasta hace poco no lo consideraba nuestro primer encuentro.

Tuvo que pasar un año para volver a encontrarla. Era la última noche del viaje escolar. No la conocía, no la recordaba. Nadie más la veía en el pequeñísimo espejo del baño de la habitación de chicas de primero. Incluso cuando se aglomeraban a acicalarse en el poco espacio que había, nadie la notaba. Pero yo, un puntito largo y amarillo en la pared, seguía viéndola desde lejos. Su imagen aún era turbia, incomprensible; un objeto estático desde un carro a cien kilómetros por hora. Un espectro, casi. Esa noche, le hablé a Camila.

—Oye. Oye, Cami. Camila.

—¿Renée?

—¿‘Tas despierta?

—¿Qué crees?

—Arrímate.

Creo que el cuarto está poseído.

—Shhhhh, dejen dormir.

—¿Poseído? ¿No será embrujado?

—¿No has visto algo en el espejo?

—¿Se pueden callar?

—No, no he visto nada, Renée. Fácil viste solo una sombra. Y ya duérmete que mañana salimos temprano.

El siguiente día, estaba de nuevo en el espejo. Solo la miré unos segundos, en los cuales me sonrió, mostrando dientes puntiagudos y cortantes, como un demonio caricaturesco. Fui a llamar a Camila, pero al mirar de vuelta, ya no estaba.

Volvimos a Lima. Ahí la vi por tercera vez —primera para mí. Se llamaba Eco.

Eco se movía por los espejos de mi casa: del baño al corredor, del corredor a mi cuarto, de mi cuarto al corredor, del corredor a la sala, de la sala al baño. Pronto, logró seguirme a las ventanas de la casa, a las ventanas en la calle, a las ventanas de los carros, a la cámara de mi celular, a los charcos y al agua cristalina.

Eco no hacía nada más que eso, ir conmigo a todas partes. Y yo no podía evitar voltear hacia ella cada vez que la notaba en el rabillo del ojo. Me mantenía viendo a cualquier reflejo que me encontrara. Nunca le conté a nadie sobre Eco.

En el cumpleaños de mi abuelita fue cuando algo cambió. Éramos seis o siete personas en la mesa, yo sentándome frente a mi hermano. Todo iba bien hasta que él habló. Lo escuché todo con la voz de Eco —aunque nunca la había oído hablar, sabía que era suya. Me excusé al baño.

Allí me esperaba ella. Me llamó a que me acercara al espejo. Apareció detrás de mí, formando una sonrisa con los dedos. Negué con la cabeza, escondiéndome para no ver el reflejo. Pero Eco me agarró de la mandíbula, forzándome a verla, a verme. Me jaló la boca en una sonrisa. Los labios se me estiraron hasta más no poder. La intenté parar, agarrar sus muñecas y separarla de mí, pero solo cogí aire. Solo cogí el aire y Eco seguía en el espejo, dilatando mi piel hasta que se me desgarraron los labios. La sangre me bajaba por la barbilla. El sabor a hierro se mezclaba con agua salada en mi lengua. La llamé con un hilo de voz. Me soltó y caí en el lavadero. Escupí. Me dolían las mejillas, mi rostro estaba todo tenso. Me limpié la boca, pero no pude evitar seguir sangrando. No sabía cómo pararlo. Estaba en el baño de visita. Tocaron a la puerta, y respondí que estaba bien.

Salí como si nada. No me vieron los labios partidos ni las marcas en los cachetes. Como si todo fuera producto de mi imaginación. Aunque yo todavía sintiera el ardor en la piel y me doliera masticar. Lo peor era pretender que no veía a Eco en el espejo al otro lado de la habitación. Aguantarme las ganas de preguntarle por qué me hizo daño. Si tal vez había hecho algo mal.

Cuando volví a mi casa, yo solo quería dormir después de haber rumiado tanto las acciones de Eco. No me la encontré hasta que me eché en mi cama, mirándome desde el espejo a mi derecha. La veía borrosa, pero con una expresión demoníaca. Sin embargo, al voltearme, parecía más arrepentida que otra cosa. No me miraba a los ojos. Ni siquiera llegaba a tocarme.

La llamé y nada. La llamé de nuevo. Nada.

La observé con detenimiento. Tenía tapado el rostro con sus incontables manos y brazos. De entre sus dedos fluía un líquido, negro como boca de lobo, más oscuro que mi habitación en la penumbra de la noche. Me bajé de la cama y gateé hasta el espejo. La volví a llamar y por fin me dejó ver sus ojos y dientes. Solté un grito y me tapé la boca. Se me cortó la respiración. Retrocedí. Escuché engranajes. Intenté inhalar, pero todo me daba vueltas, no era capaz de enfocar mis ojos, alguien me llamó y vi luz.

—¡Renée! ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Era la voz de mi madre. Me agarró por los hombros, luego de los cachetes, hasta que pude tomar un buen bocado de aire.

—Creo que... me caí mientras dormía.

—¿Te golpeaste? Solo escuché que gritaste.

—No sé.

—Déjame ver tu cabeza.

Eco seguía en el espejo, en la misma posición. Estaba agachada, con el cuello sobresaliendo detrás de sus cabellos. Sonreía ampliamente con sus colmillos, pero sus ojos seguían llorando ese pus oscuro, pidiendo misericordia. Se iban poniendo cada vez más oscuros, turbulentos. Todo su cuerpo temblaba. Me estaba pidiendo ayuda.

—No tienes nada, ¿te duele mucho?

—No, no me duele. Solo voy a volver a dormir.

—¿Segura? Bueno, te dejo, hijita. Buenas noches.

Me acerqué a Eco. Ahora sí la podía ver sin apartar la mirada cada tanto, incluso me dio pena. Le acerqué mi mano y la apoyé en el espejo. Ella hizo lo mismo. Sentí su frialdad en la punta de sus dedos, las lágrimas negras, luego de unos segundos. Exhalé en el espejo, nublando la vista de ambas.

Solo vi manchas blancas y negras detrás de la neblina. El espejo se aclaró en un punto. Era un dedo de Eco. Primero una P. Después una e. Una r. d. o. n. Perdon. ´. Perdón.

Le sonreí y asentí. Quité con mi manga la neblina. Los caudales se redujeron poco a poco. Se dejó de tapar la cara y sonrió con naturalidad. Cerró los ojos y desapareció, dejándome ver el reflejo. Me volteó del hombro. La seguí a mi cama. Me arropó; me acarició el cabello, desenredando algunos nudos que tenía. No pensé mucho al perdonarla. Era esa expresión suya. Como yo en el baño en la casa de mi abuelita. Ella quería que yo sonriera, y yo quería lo mismo para ella. Si me había estado buscando a mí, ¿cómo iba a querer hacerme daño? De seguro no se había dado cuenta. Debió ser eso. Fue todo sin querer. Y ahí me lo aseguraba. No quería herirme. Solo quería hacerme feliz.

Algo cosquilleó mi oído. Me tensé, pero un toque suave me tranquilizó. Acaso era... Era una voz rota, casi inapreciable. Con nula garganta y poquísimos pulmones. No entendí que dijo hasta que calló, y volvió a empezar.

Arroró mi niño

Arroró mi sol

Duérmete pedazo

De mi corazón

Las erres no eran tan claras, pero era definitivamente esa canción. En vez de traerme recuerdos agridulces de mi infancia, solo me nació una sonrisa y me llenó el corazón de tanta sangre tibia que se me rebalsó por los ojos.

Pasaron las semanas, los acontecimientos solo se volvieron más frecuentes. Todos los días, a la mañana, cuando me cambiaba, Eco me movía y me estiraba y me pinchaba la piel en todo el cuerpo, me movía la cara y me ponía expresiones que se mantenían en su lugar. Terminaba con caras horribles, horripilantes, felizmente terroríficas, pesadillas disfrazadas de dulces sueños. Ya no podía determinar si seguía teniendo mi mismo cuerpo o si me había transformado en lo que Eco me volvía.

Pero siempre, siempre, al final del día, me hacía echarme en algún lugar visible para ella y me abrazaba, me cantaba, después de un tiempo incluso me empezó a susurrar pequeños parabienes, asegurando que todo lo hacía por mi propio bienestar, que me estaba ayudando, que un día se lo agradecería todo, y que me estaba socorriendo para pagar por mis delitos. Empecé a creer que ese era el merecido para cómo vivía mi vida y los errores que seguía cometiendo.

Se volvió rutina. Al inicio evitaba los baños del colegio y tomarme fotos con mis amigos, pero ya no podía evitar seguirla a donde me llamaba. Despertaba, y al baño, después de comer, al baño, al llegar a casa una sesión larguísima y exhaustiva de observar las esquinas claras y oscuras, la pantalla grande, los

mínimos insignificantes detalles en cada doblés cada sombra cada sitio escondido cada liso cada arruga cada ojo nariz boca cada dedo cada pierna brazo cabeza pelo piel; lo que faltaba y de lo que había mucho. Eco tocando todo eso y más, jugando como un niño pequeño sin primitos ni hermanitos en navidad, mojando la arena y construyendo su propio castillo en la playa de mi cuerpo, un castillo con puertas y escaleras y pisos y salidas y entradas y ventanas cubiertas por inamovibles cortinas negras, un castillo infinito por dentro, que nunca se acaba, nunca se acaba, nunca se acaba, y nunca se acaba, siempre sale más de ahí, siempre hay otra cosa que encontrar, una puerta tras un tapiz, una entrada por la que no se puede salir, escaleras de a uno y escaleras de a mil, para vestidos de gala que nunca podré usar.

Pero como todas las cosas buenas, tuvo que acabar. No pude mantener mi bocota cerrada, mi estúpida impulsiva boca. No pude cubrirme lo suficiente, no pude proteger a Eco como debía, como me había confiado hacer. Dejé ir su mano sin darme cuenta. Mi puerta se cayó, el espejo colgado allí se rompió, y Eco escapó de nuestra perfecta armonía.

Sin embargo, Eco no desapareció. No del todo. Había resonancias, murmulos de ella, en mi cabeza, en los trozos de espejo, en la gente a mi alrededor. Eran incluso más fuertes que Eco misma. Ya no tenía esas caras, ni esas formas, pero tampoco tenía sus susurros, sus elogios, su calor y su cariño. La extrañaba más que nada en el mundo. Las huellas no eran suficientes, necesitaba a Eco conmigo.

Recurrí a la única respuesta para mí. Si Eco no volvía, yo la haría volver en mí, y así ella me reconocería. Estirando mi piel, vomitando mi interior, cortando mi rostro, mis cabellos, mis brazos y piernas. Pero Eco no volvía, y los ecos estaban tendiendo a bajar, a disminuir esos encuentros; en todas partes, menos en mi mente y en mi madre. Jalar mis labios era escaso en el sentimiento que buscaba. Eco no volvía.

Busqué en toda mi casa. No había nada en los cajones de mi cuarto, del baño, del cuarto de mi mamá, en las repisas, en lo más oculto de mi closet. Encontrar eso era imposible. No había nada más que hacer.

Una tarde, luego de robar dinero de la billetera de mi mamá, salí a la librería. No me pude contener de sonreír, mi plan maquiavélico en marcha, nada me podía detener. Por fin la vería. Cómo esa primera vez, en el blanco baño de visita, mármol pintado de rojo muerto, el castigo merecido al crimen de mi vida. Eco podría estar pendiente de mí, leyendo mis pensamientos como solía hacer, y estaría orgullosa. Sus enseñanzas por fin serían mías, y ella volvería. Volvería para estar conmigo, porque soy su mejor alumna, la que entendió por fin lo que me quiso decir desde el inicio. La que cantaría la profecía deseada, quien escribiría el libro mismo de la verdad. Lo que significa estar vivo y respirar, el ser un fantasma perceptible en el mundo, cargar con el peso de mi ser y mis plegarias.

Pagué. De regreso, sentí el filo con mis palmas dentro de la bolsa. Me daba cosquillas y me reía. Los transeúntes me miraban, pero ¿qué importan ellos?

¿Qué son comparados a mí? ¿Quieren algo de mí? ¿Me quieren a mí? ¿Me quieren como Eco? ¿Acaso Eco los eligió a ellos como los profetas de su mente? No son más que basura insignificante, sin control sobre sus acciones, viviendo sin pensar, viviendo sin un fin ni un propósito. Por eso Eco me escogió a mí. Yo sería la única que la entendería.

Corro bajo las escaleras. Tiro la puerta. Ya tengo todo listo en el baño. Las velas prendidas, el espejo limpio, yo desnuda. Con la ausencia de Eco, ahora sé que mi cuerpo quedó con las marcas de su presencia pasada. Mi mayor felicidad es llevarla dentro de mí, entrelazarla con mi alma, con mi corazón y mi esqueleto; como nadie, me entendió. Sanó las heridas que no sabía que tenía. De un solo toque, si bien tenía incontables brazos, con una mano bastaba.

Me miro al espejo como nunca lo había hecho y sonrío.

Eco amaba la sangre, era algo que sí sabía. Mis labios partidos, sonriendo hasta mis ojos, mi sangre chorreando a mis pies, hierro en mi lengua. Dolía cómo una canción de amor.

Allí está. Vino. Eco. Como una diosa se abre tras de mí, extendiendo sus brazos como alas, ojos gentiles que me felicitan. Bebe el agua de mis ojos sosteniéndome en sus brazos, separa mis pechos pequeños y deja palpar mi corazón al fuego puro. La sangre sale a borbotones cada segundo, un charco carmesí en el suelo. Eco se encuentra ahí también. Me toca del hombro. Por instinto volteo atrás.

La veo fuera del espejo. Por fin la puedo ver fuera del espejo. Lo hacía por mí, ese es mi cometido. Nos salvamos una a la otra. Nos encontramos cuando más nos necesitábamos. Yo no podía vivir sin ella, ni ella sin mí; así que ahora consumaríamos el más verdadero acto de amor por la otra. Dejo mi corazón en sus manos y me lanzo a abrazarla. Lloro sin filtro y sin pudor, grito por el dolor, pero eso es lo correcto. Ese es el destino. Se me cierra la garganta, quemada de tanta bilis. El baño se calla. Ni mi corazón suena. Me susurra al oído la nana otra vez. Esa es la mayor felicidad.

Paula Bellina Holmquist
Quinto de Secundaria